

Populismo y nacionalismo

Guy Hermet*

CERI (Francia)

En las condenas que caen sobre ellos, populismo y nacionalismo se mezclan hasta confundirse. Son el producto de las mismas desventuras del lenguaje y de las pasiones humanas, los mismos vergonzosos derivados de términos nobles –el pueblo y la nación– revestidos de un valor todavía positivo en lo que concierne al primero, y apenas manchado ahora de alguna sospecha en lo que se refiere al segundo. Además, por encima del vocabulario, uno y otro proceden sobre todo de la genealogía indisociable de sus significaciones primeras. A partir de finales del siglo XVIII, la nación y el pueblo han sido sinónimos para los fundadores de los regímenes representativos de los que han surgido las actuales democracias, y lo siguen siendo en la medida en que las dos nociones modernas de nacionalidad y de ciudadanía se vinculan al principio de soberanía popular. De ahí se sigue igualmente que el oprobio que pesa tanto sobre el populismo como sobre el nacionalismo se justifica respecto de las mismas manipulaciones del discurso político, incluso cuando ellas son de signo opuesto; las primeras, en efecto, apelan a una identidad nacional-popular ridiculizada por los profesionales de la democracia. Las segundas, al atribuir el pecado de populismo a cualquiera que ponga en duda la necesidad de reservar el monopolio del poder a esos mismos profesionales, en nombre del principio que dice que el pueblo, incapaz de gobernarse a sí mismo, no puede hacerlo sino a través de sus representantes elegidos y reelegidos hasta su último aliento.

La confusión de los orígenes

Simbólica o brutalmente natural, la muerte de los reyes no sólo desencantó la legitimidad del poder monárquico transformando a sus súbditos en ciudadanos reputados, dueños y señores de su consentimiento a ser gobernados.

* Director de investigación en la Fundación Nacional de Ciencias Políticas (CERI: Centro de Estudios e Investigaciones Internacionales), autor de *Histoire des nations et du nationalisme en Europe* (París, Seuil, 1996, Col. Points).

La decapitación de Carlos I de Inglaterra en 1649, el asesinato de Gustavo III de Suecia en 1792, la ejecución de Luis XVI en 1793, el asesinato de Pablo I de Rusia en 1801 o, en un registro menos exterminador, las deposiciones humillantes de Carlos IV de España o de Gustavo Adolfo IV de Suecia en 1808-1809 sancionaron además el advenimiento de una legitimidad racional aún más artificiosa que la de los príncipes. Esa que, apelando a una soberanía popular teóricamente absoluta se ha encontrado sin embargo encerrada en el seno de un Estado rebautizado "nación", sin que haya mediado cambio sustancial alguno ni en su base territorial ni en su potencia coercitiva, y en el que, asimismo, dicha soberanía no ha sido reconocida en la práctica sino con la expresa condición de ser delegada a mandatarios diferentes de la población ordinaria, a la que se convidaba únicamente a elegirlos. Esta doctrina restrictiva ha mantenido intacta la distinción de naturaleza de los dirigentes frente a los gobernados mientras que, como premio a su paso del estatus de súbdito de los reyes al de soberano simbólico de sí mismo, el pueblo se ha visto imponer el deber moral de investir su sentimiento de pertenencia primordial en el marco de un país sometido a una autoridad que reina en su nombre sobre un espacio presentado desde ahora como natural. Ninguna escapatoria ha sido admitida para quien hubiese deseado "consentir" de otra manera.

Los pueblos de Europa occidental y de América del Norte, es cierto, han conocido una gran diversidad de regímenes durante el siglo XIX y comienzos del XX: regímenes republicano, imperial o monárquico-liberal se han alternado en Francia; parlamentario y real en Gran Bretaña, en Bélgica, en los Países Bajos y tardíamente en Escandinavia¹; republicano, federal y presidencial en Estados Unidos; monárquico-autoritario en Alemania; democrático, localista y patricio a la vez en Suiza. Pero, cualesquiera que hayan sido sus instituciones, todos se han visto inculcar por el Estado un cuerpo de valores destinados a impregnarlos, desde la escuela al cuartel o a la guerra, de una identidad nutrida de la exaltación de su particularismo frente a otros pueblos, y de un sentimiento de solidaridad que, a la postre, los excluye. Sin embargo, ese trabajo de reeducación se ha llevado a cabo de dos maneras. En los países liberales, la ampliación de la ciudadanía en un Estado ya existente pero repentinamente deificado se ha apoyado en una práctica populista que consistió en convencer a las masas, hasta entonces llamadas a la sumisión, de que se habían transformado en actores políticos, y en equilibrar el peligro inherente a

1. Los países escandinavos no salen verdaderamente del Antiguo Régimen sino a partir de la década de 1860.

esta revelación con el cortafuego de una obligación de solidaridad, tanto más eficaz cuanto que sería “nacionalista” y estaría imbuida de la inefable felicidad de pertenecer a su propia nación más bien que a cualquiera otra. En cambio, en el contexto más autoritario que liberal de Estados por crear, como el Imperio alemán apenas unificado, la urgencia de la “nacionalización” acelerada de identidades política y religiosamente fragmentadas hizo que el argumento populista se simplificase, que recayera ante todo en la solidaridad cultural de la población, a fin de remediar la excesiva lentitud de la empresa de agrupación y sublimación cívicas.

Sin embargo, la fuente primera de esos programas educativos sigue siendo la misma. En ambos casos procede del proyecto que los revolucionarios franceses esbozan en panfletos² desde 1787 y que, asimilando el Tercer Estado, el Pueblo y la Nación de manera intercambiable, les atribuye una soberanía exclusiva que el artículo III de la “Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano”, del 26 de agosto de 1789, confirma. Pero es verdad que esta inspiración común constituye, también, la fuente de la discordia que va a presidir por todas partes los progresos antagonistas del nacional-civismo y del nacional-populismo. Pues muy pronto, al disponer que “la Nación, sola fuente de la que emanan todos los poderes, no puede ejercerlos sino por delegación”, el artículo II de la Constitución del 3 de septiembre de 1791 suprime sin más toda sombra de ambigüedad acerca de la desconfianza que la nueva capa dirigente experimenta respecto del vulgo y de los sentimientos populares. Para ella, como lo expresa François Furet, “dado que sólo el pueblo tiene el derecho de gobernar, el poder está en manos de quienes hablan en su nombre” (Furet, 1978: 73). Desde entonces, el terreno está listo para los adeptos a un nacionalismo étnico hostil a ese subterfugio del liberalismo cívico-nacional, como también lo está para que todos aquellos que se sublevan contra semejante escamoteo de la soberanía sean tachados de populistas, aun cuando la palabra todavía no exista³.

2. Siendo el más notable, por supuesto, el del abate Sieyès, difundido en 1789 (*Quest-ce que le tiers état?* París, PUF, 1982 [1789]).

3. El término “populista” no se registró hasta 1907 por el *Larousse mensuel*, el de “populismo” hasta 1929 (cfr. A. Rey, 1993, vol. 2, 1580). En cambio, las dos palabras aparecen en Estados Unidos desde fines del siglo XIX. Su aparición es todavía más precoz en ruso (*Narodnichetsvo*, populismo, usado desde la década de 1870). Por su parte, el término “nacionalismo” es registrado en francés desde 1798, con una acepción positiva, aunque Proudhon lo emplea ya peyorativamente en 1849 (cfr. A. Rey, 1993: 1307).

Las negaciones cruzadas: nacional-civismo y nacional-populismo

Johann Gottfried Herder (1744-1803) es considerado el precursor de esas corrientes contestatarias del nacional-civismo. Lingüista nacido en la Prusia oriental, en una familia de tejedores, hereda quizás de su extracción modesta la aversión por el cosmopolitismo liberal afrancesado de las cortes principescas alemanas. Desde 1774, rechaza la racionalidad desencarnada y la pretensión de universalidad de la Filosofía de las Luces. Para él:

“...el prejuicio es bueno en su momento pues hace feliz [...] Reconduce los pueblos a su centro, los ata sólidamente a su tronco, los vuelve más florecientes según su carácter propio, más ardientes y en consecuencia también más afortunados en sus inclinaciones y sus metas.”

(Herder, 1964: 185 y 187)

Sin embargo, hay que esperar los años de 1784-1791 para que la visión de Herder se vuelva más inteligible y matizada. Plantea entonces que “la sociedad es el estado natural del hombre”, y que ese estado define igualmente el de una “nación con un carácter distintivo que puede conservar durante siglos”. “Una nación –agrega– es a la vez una planta natural y una familia” (Herder, 1991: 165 y 173). En el momento en que Napoleón se apropia, en nombre de la nación, de los beneficios de la Revolución, y que invade la mitad de Europa fingiendo liberarla, son esas imágenes organicistas y entrañables las que van a movilizar contra el nacionalismo cívico a la francesa el nacionalismo etno-cultural de los alemanes –y más tarde, una vez terminada la aventura napoleónica, el de los rusos o el de otros pueblos del centro y este de Europa.

Con todo, sería proceder a una amalgama abusiva el hacer de Herder el inspirador lejano de las abominaciones totalitarias, a las que los nacionalismos étnicos del siglo XX han dado lugar. Para él, la especificidad de una nación queda inscrita sólo en su lengua. Hasta llegó a escribir que “la palabra raza se refiere a una diferencia que no existe” (*Ibid*: 9)⁴, razón por la cual no es racista en el sentido actual; se revela incluso adelantado anticolonialista cuando considera que “el salvaje, que en su círculo estrecho piensa por sí mismo y se expresa con precisión, posee una cultura más real que el político o el científico, los cuales, con la ciega despreocupación de la infancia, reposan sobre un magnífico teatro levantado por otras manos” (Herder, 1991: 162). Esta consi-

4. Edition intégrale, París, Levrault, 1826-1828, tomo 2).

deración anticipadamente “tercermundista” puede chocar a quienes hoy vean en ella el anuncio de un relativismo cultural extraño al alcance universal de los valores republicanos. Pero en el contexto de la época se revela en el fondo menos discutible que la actitud del republicano Barère, quien, en el Comité de Salud Pública, denunciaba en estos términos violentos la ausencia de sentido cívico de los campesinos alsacianos, ignorantes del francés:

“En los departamentos del Alto y del Bajo Rin, ¿quién llamó, pues, en connivencia con los traidores, al prusiano y al austríaco a nuestras fronteras invadidas? El habitante del campo, que habla la misma lengua que nuestros enemigos, y se cree así más bien su hermano y su conciudadano que hermano y conciudadano de los franceses, que le hablan otra lengua y tienen otras costumbres.”

(en De Certeau, Julia y Revel, 1975: 293)

Además, el panculturalismo y el populismo de Herder conservan también una cierta ventaja en relación con la doctrina de Ernest Renan (1823-1892), el comprometedor aunque celebrado inventor del concepto cívico-espiritual de nación como “plebiscito de cada día” (Renan, 1992)⁵. Racionalmente vinculado al republicanismo, Renan habría experimentado, en efecto, alguna dificultad para hacer olvidar el carácter furiosamente antisemita de sus antiguas opiniones⁶. Por lo demás, para quien considere la sustancia de las ideas más allá de expresiones desafortunadas, ¿cómo sostener que el sentimiento de solidaridad relativamente espontáneo de una población prevalece éticamente sobre el que le es dictado por un aparato de Estado?

Ello no impide que el nacional-populismo haya encontrado efectivamente algunos recursos en la obra del lingüista prusiano, que abunda en elementos que han suministrado un tesoro de inmediata disposición para todos aquellos a los que inspiró o que la traicionaron. En primer lugar, para los músicos, pintores, poetas y escritores del Romanticismo, que en toda Europa idealizaron la autenticidad agreste del alma popular frente a la abstracción pontificante de la cultura de las Luces. Particularmente en Alemania, la expresión *Volksgeist* (espíritu del pueblo) ha designado el objeto de ese retorno a las fuentes. Llegó luego el turno de filólogos, folkloristas y antropólogos pioneros, que sobre todo en los países de la Europa central y oriental sometida a Austria-Hungría o a

5. Definición de la nación en págs. 54 y 55.

6. Como el siguiente, por ejemplo: “la raza semítica comparada con la raza indoeuropea representa realmente una combinación inferior de la raza humana” (Renan, 1947, tomo III, pág. 145).

Rusia, en el País Vasco, en Cataluña, en Irlanda y en cierta medida en Noruega, codificaron las costumbres de pueblos “primordiales”; incluso crearon—cuando lo necesitaron— una lengua literaria a partir de fragmentos dialectalizantes, a fin de proporcionarles las bases culturales de una identidad nacional olvidada o desconocida hasta entonces. Por último, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, y hasta nuestros días, llegaron ideólogos y políticos, cuyos proyectos han sido múltiples. Unos, populistas por estrategia, extendieron contra el deseo de los grandes Estados el principio de las nacionalidades a los pequeños pueblos “desfolklorizados”, a los que prometieron un nuevo destino de naciones independientes gobernadas por ellos. Otros, en la Rusia de 1870, inauguraron por las buenas el primer populismo reivindicado como tal. Adoptando explícitamente el nombre de *Narodniki* (populistas), preconizaron el retorno al pueblo de los campesinos y condenaron la occidentalización de su país, haciéndose a la inversa los apóstoles de una concepción “eslavófila” y, desde el punto de vista religioso ortodoxa, de un porvenir ruso calcado de su pasado anterior a la lamentable modernización emprendida por Pedro el Grande.

Otros más, pero en Europa occidental esta vez, difundieron por su parte las formas diversas de un nacional-populismo paradójico por cuanto puramente histórico, y a menudo hostil al pueblo concreto. Ciertamente, no es el caso en Francia con Paul Déroulède (1846-1914) quien, luego de la pérdida de Alsacia-Lorena y la instauración de la Tercera República, se consagra a la exaltación poético-chovinista de un patriotismo de masas revanchista y militarista, al tiempo que denuncia las infamias del régimen parlamentario. Como es sabido, es ese populismo tropero y faccioso, que erige el ejército en “Arca Santa” de una patria tradicional que trasciende la política de la pseudo-nación republicana, el que coincide con la aventura del general Boulanger en 1889. En cambio, con Charles Maurras (1868-1952), se trata efectivamente de un populismo anti-plebeyo, que funda una nacionalidad perenne sobre un maridaje de derechos del suelo y de la sangre, pero negando a los franceses de carne y hueso la más mínima prerrogativa sobre su destino. Maurras desprecia en efecto más que nada la legitimidad democrática, y si él también adopta la idea de una nación histórica y mística, contesta al pueblo frívolo e influenciado la facultad de querer constituirlo y, más aún, la de reconstituirlo a su antojo. Tal es igualmente, en muchos aspectos, el rasgo ambiguo de la tercera expresión clásica del nacional-populismo occidental, representado de manera distinta por el fascismo italiano y las corrientes específicamente racistas que desembocan en el nacional-socialismo alemán.

Sin duda, el fascismo de Mussolini se pretende explícitamente nacional-populista en sentido plebeyo antes de su conquista del poder. Para el Duce,

Italia es la “nación proletaria” –primer eslogan– humillada por las grandes potencias capitalistas, a la que piensa restituir su dignidad romana ayudándola a reanudar su destino imperial inscripto en el segundo eslogan del *Impero*. Es, en particular, lo que confirma el programa de las Fases de 1919 cuando las presenta como la “sección italiana de la Constituyente de los Pueblos” (en Zangrandi, 1963: 387).

Pero las cosas se modifican en seguida, cuando Mussolini ya no define su régimen sino como una “democracia organizada, concentrada, autoritaria, que reposa sobre una base nacional” (Mussolini, 1951: tomo 29, pág. 2), sin referirse ya precisamente a los italianos, de los que vilipendia más bien su naturaleza, demasiado pacífica a sus ojos⁷. Por su parte, el caso del nazismo es más claro, aparte de su propósito expreso de purificación racial propiamente físico y de su antisemitismo erigido en ideología. Su genealogía data de bastante lejos. El antisemitismo nazi, en particular, tiene orígenes antiguos y en buena parte austríacos. El escritor vienés Arthur Schnitzler, por ejemplo, relata cómo, en los años de 1880 a 1890, había chocado ya contra el ostracismo “ario”⁸ junto con otros judíos que, como él, reivindicaban su propia germanidad. Y también cabría evocar la demagogia de Karl Lueger, burgomaestre cristiano-social de Viena entre 1895 y 1897, cuyo eslogan “liberar al pueblo llano” conllevaba un fuerte tono antisemita. No obstante, el nacional-populismo autoritario germánico posee antecedentes intelectuales y artísticos que no se limitan a este aspecto antisemita, y que son más recientes. Tal es el caso de las doctrinas propagadas en los años 20 por el jurista católico Carl Schmitt, o por los “conservadores-populares” luteranos, los primeros en hablar de un “Estado total” *völkische* (popular en el sentido de étnico), cercano en algunos puntos al proyecto hitleriano. Pero cualesquiera que hayan sido sus raíces, ese populismo genético del primer tercio del siglo XX ya no se parece en nada al de los Narodniki rusos, ni siquiera al de Déroulède y de Lueger. Al no ambicionar de ninguna manera promover la dignidad política de los oscuros, no constituye más que el recurso de un discurso de embrujo muy indiferente a la noción de soberanía popular.

Una paradoja suplementaria subsiste, sin embargo, cuando el propio Hitler apela al *demos* al declarar: “aunque rechazamos los principios de la democracia parlamentaria, sostenemos muy resueltamente el derecho de los

7. El régimen fascista se vuelve también ligeramente racista con las leyes antijudías de 1938; no obstante, Mussolini declara todavía en 1941 que cuatro de los siete fundadores del nacionalismo italiano habían sido israelitas (Cfr. Y. De Begnac, 1950: 643).

8. En *Une jeunesse viennoise* (París, Hachette, 1987 [1968]).

pueblos a disponer de ellos mismos" (en Kolakowski, 1978: 104). En ese punto, queda claro que el maridaje entre populismo y nacionalismo operado por los revolucionarios franceses durante el período fundador de la modernidad política permanece válido incluso en esta circunstancia aterradora. Y se constata, igualmente, que tres especies diferentes de populismo se manifiestan ya en la Europa de los años de 1930 y 1940. La primera, que sigue siendo la más corriente, no utiliza el recurso populista sino como aditivo de un discurso manipulador que atiza la cólera de las masas a fin de apropiársela según recetas practicadas tanto por los Montagnards de 1793, como por los líderes totalitarios. Paralelamente, una segunda especie menos perversa de populismo se inscribe en las ideologías de las que la Rusia zarista ha proporcionado el prototipo, y cuyo origen elitista no impide que tengan su objetivo en ellas mismas cuando se proponen indicar la vía de la redención social y de la promoción política de las multitudes humilladas por los subterfugios de los dirigentes e intelectuales cosmopolitas que se arrogan el derecho de hablar en su nombre. Y la tercera especie obedece a un sentimiento individual multiforme, dictado ya sea por una convicción "demótica" que privilegia la solidaridad étnica real o imaginaria de una población-tronco, ya sea por lo que se podría calificar sin ironía de apego a la exactitud del vocabulario, es decir la preocupación por establecer una mejor concordancia entre lo que exigiría el ideal democrático y lo que efectivamente son los gobiernos representativos modernos.

Las dos Europas

Este inventario descuida por ahora otras dos especies extra-europeas de populismo. La primera, atendiendo a su cronología, está representada por los movimientos que, como el populismo de los pequeños granjeros de América del Norte durante los años 90 del siglo XIX, procedieron de una protesta auténticamente plebeya, más bien que de la manipulación de demagogos o de los tiernos cuidados de intelectuales compasivos, a la manera de los de San Petersburgo. La otra categoría de populismo, ignorada hasta ahora, corresponde a la que, en América Latina, se ha encontrado ilustrada por partidos o regímenes de gobierno específicos, a la manera de las dictaduras de Getulio Vargas en Brasil, del Gral. Perón en Argentina, o incluso de Fidel Castro en Cuba. Sin embargo, el examen de estas variedades americanas tendrá lugar más adelante; que su consideración inmediata obligaría a abandonar demasiado pronto un continente europeo en el que las expresiones del nacional-populismo de base étnica no se resumen en el fenómeno único del nazismo.

A condición de no tomarla demasiado al pie de la letra, la distinción que Hans Kohn (1994) establece entre un nacionalismo cívico y liberal, al que califica de occidental, y otro nacionalismo orgánico y autoritario, que define como oriental, aclara las cosas a este respecto. Para Kohn, si el sentimiento nacional se ha inscripto, en Europa occidental, en una identidad individualista referida a una ética cívica de orientación liberal que ha rechazado la prioridad de los vínculos de proximidad típicos de los medios campesinos, ello se debe a que la burguesía –llegada en ese medio occidental a un rol económico y cultural dominante– también habría presidido la organización, tanto institucional como ideológica, del Estado-nación moderno. En su opinión, esa burguesía triunfante habría inventado de manera “voluntarista” un modelo de ciudadanía y de nacionalidad conforme a sus intereses materiales y estatutarios. Ahora bien, esos intereses nada tenían que ver con el vínculo ancestral y primordial de los campesinos con un entorno o un dialecto; se expresaban en una sensibilidad nueva, hostil a una solidaridad para con los pobres, de quienes los burgueses lamentaban casi que compartiesen con ellos algún parentesco y fuesen en principio sus compatriotas. En cambio, siempre según Kohn, el nacionalismo –que él denomina oriental en razón de su aparición en regiones concentradas sobre todo al este de Europa– cristalizó más tardíamente, en la medida en que en esas regiones apenas se había hecho sentir la revolución industrial y la urbanización del siglo XIX, en ausencia de una burguesía. Más aún, cuando esa burguesía existía, como en Bohemia, en Croacia, en la Galicia polaca o en Eslovenia, habría tendido en su opinión a reconocerse menos en el pueblo llano de los campos o los suburbios próximos que en su homólogo social y económico, representado por la burguesía vienesa y germanófona de la capital del Imperio y del Estado austrohúngaro.

Los Países Bálticos sometidos al Imperio ruso han conocido también una situación muy conforme a esta interpretación, incluso en lo que concierne a la aristocracia de raíz alemana, vuelta hasta 1917 hacia San Petersburgo, y a las carreras en el ejército o en la alta administración zaristas. Y lo mismo sucedió con el País Vasco español, en el que las élites económicas locales, asimiladas a las capas dirigentes madrileñas, consideraron el habla extraña de los pueblos circunvecinos como el residuo de un pasado oscurantista condenado a la extinción. Este ejemplo muestra que la distinción de los nacionalismos en occidental y oriental es conceptual más que geográfica. Aquella esquematiza en realidad dos procesos de identificación políticos modernos; por un lado, el de las sociedades europeas o norteamericanas en las que el civismo burgués y liberal ha encontrado su terreno de elección; por otro lado, un segundo proceso de identificación que, en su momento fundador, desembocó en un tipo de per-

tenencia diferente, a falta de situarse en el mismo contexto. En suma, el nacional-civismo, que reposa sobre los principios abstractos y universales de igualdad jurídica y de libertad personal propios de individuos liberados de sus ataduras comunitarias, ha prevalecido en los lugares en los que respondía a las expectativas de la capa social que se había vuelto más influyente en los grandes Estados material y culturalmente avanzados. En cambio, un nacional-populismo menos intelectual que pasional, centrado en los rasgos culturales e incluso físicos de una colectividad dada, se desarrolló allí donde los artífices del Estado no disponían de otro recurso que el de exaltar ese particularismo para llevar a cabo su empresa de construcción política. Ciertamente, ese Estado sacado de la nada fue justificado también por referencia a la voluntad popular. Pero en su profunda razón de ser ha estado en contradicción frontal con los valores del liberalismo cívico y con la idea de contrato voluntario entre gobernados y gobernantes que aquéllos implican.

España, una vez más, ilustra las lógicas y las consecuencias dispares de ambos procesos. La opción que los círculos de negocios y los notables del País Vasco hicieron en favor de una fidelidad al Estado central liberal, como también, más tarde, a los gobiernos autoritarios de los generales Primo de Rivera y Franco, contribuyó, por reacción contra este abandono del pueblo llano, a orientar el nacionalismo separatista hacia una perspectiva de afirmación populista etno-lingüística, e incluso racista⁹. Quienes lo inspiraron, particularmente numerosos entre el bajo clero, no tenían otro argumento capaz de movilizar a las capas rurales, a las que ningún otro vector de identificación se les podía ofrecer. En cambio, la fidelidad de la industriosa burguesía catalana a su medio lingüístico contribuyó a que el nacionalismo de esa región no quedara abandonado a los paladines de una interpretación puramente étnica, y le permitió combinar bastante armoniosamente los rasgos del liberalismo cívico con la identificación cultural.

Conviene, por supuesto, relativizar la visión de Hans Kohn, tanto como la de Ernest Gellner, que también merece nuestra atención. Para Gellner (1989) es por la influencia de la industrialización que las sociedades occidentales pudieron pasar, hace doscientos años, de un estadio agrario, en el que miles de comunidades campesinas dispersas en innumerables territorios carecían prácticamente de la noción de pertenencia común a un vasto país, a otro estadio, nacional, en el que las necesidades de la economía moderna impusie-

9. Engracio de Aranzadi, ideólogo del nacionalismo vasco, escribía aún en los años 1930: "si el pueblo vasco es bueno, no es gracias a sus instituciones, sino a la integridad de su espíritu racial" (citado por J. Forne, 1994: 121).

ron su homogeneización cultural y lingüística bajo la égida de un Estado con el que se identificaron políticamente, en una perspectiva que debía trascender esta fragmentación y que, en consecuencia, no podía ser sino cívica y liberal. A la inversa, las sociedades de Europa oriental no habrían registrado ese cambio, según Gellner, sino en una fecha más reciente y sin la presión uniformadora engendrada por la revolución industrial. De ahí que hayan permanecido, hasta ahora, más marcadas por herencias étnicas, generadoras de un nacionalismo primordial de estilo populista. En realidad, esta manera de ver las cosas debe matizarse. Es importante, para empezar, no perder de vista que el nacional-populismo cristalizó en el seno de minorías incluidas en grandes imperios o en Estados extraños a su cultura, que, deseando imponerles su norma unificadora liberal o autoritaria, abocaron en la Europa central y oriental, así como en la Península ibérica o en Irlanda, a la amenaza de su desaparición, y a justificar así su deseo de fortificarse en un Estado que les fuera propio. Hay que pensar, igualmente, que el nacionalismo populista ha extendido su influencia incluso sobre sociedades industriales "aburguesadas", como las de Alemania y Francia. Finalmente, no sería justo ignorar que, tanto en los grandes países como en las pequeñas patrias tardías del siglo XX o del XIX, el nacional-populismo de tono étnico y el nacional-civismo de pretensión universal no pocas veces resultaron rivales y aliados al mismo tiempo. Cómo negar, en efecto, que la concepción occidental de la ciudadanía es también cultural. Más aún, puesto que el término "etnicidad" sólo designa ya atributos culturales, evolutivos por lo demás, parecería casi que la identidad nacional-cívica de los occidentales no fuera sino una variedad trans-estatal del nacionalismo étnico, o bien una forma ampliada de nacional-populismo.

Esta suerte de confusión caracteriza, pues, las trayectorias de Estados que, como Francia, Gran Bretaña, los Países Bajos, Suecia o Dinamarca, han tomado los caminos interdependientes de una socialización nacional-cívica y de una progresión bastante regular hacia regímenes representativos pluralistas, devenidos democráticos con la instauración del sufragio universal; como también las de otras naciones europeas cuya identificación nacional se ha revelado más indecisa. Antes que los nuevos pequeños Estados europeos, Grecia ilustra bien esta confusión, pues permaneció desgarrada hasta nuestros días entre una referencia occidentalista tornada hacia la filosofía de las Luces, un orgullo heleno o imperial nutrido por su tradición antigua o bizantina y un particularismo demótico de connotación religiosa ortodoxa frente al catolicismo o al protestantismo de las sociedades del oeste o del norte del continente. Actualmente, el conflicto que se observa en Serbia obedece a resortes bastante análogos. Además, no hay que olvidar que los grandes Estados-nación de Alemania o de

Italia son apenas más antiguos que algunos de los jóvenes países de la Europa central y oriental, tales como Rumania, Bulgaria o la propia Serbia, y que todos han oscilado entre las dos identificaciones rivales: la *cívica*, conforme a la tradición liberal, y la *populista*, que confiere a los vínculos supuestamente primordiales de un conjunto humano una primacía absoluta sobre la naturaleza de su régimen de gobierno.

A ello se debe, por lo demás, que pese a desconfiar de una demarcación demasiado rígida entre los nacionalismos “occidentales” y los “orientales”, resultara sin embargo abusivo no convenir que el proceso de acceso a la democracia de los países de Europa central y oriental haya estado mucho más agitado y sembrado de accidentes autoritarios que el recorrido político de las sociedades europeas occidentales. Hay que ver en ello evidentemente un corolario de su modo de identificación nacional, con su connotación populista más extremada, en general, que en las viejas sociedades liberales. En esos países centrales y orientales, la urgencia de la construcción de un Estado, aparecido en el siglo XIX o en el XX, apenas contribuyó a que la elección del régimen que podían adoptar haya parecido menos capital que el simple establecimiento de sus bases territoriales, administrativas, militares, económicas, lingüísticas y culturales. Es por eso que, incluso cuando han revestido las apariencias de monarquías constitucionales, esos Estados se han caracterizado por la preeminencia de un poder fuerte, en vigor hasta 1918 en la Alemania imperial, y hasta 1944-1945 en Bulgaria, en Grecia, en Hungría y en Rumania (verificándose la misma tendencia en Polonia hasta 1939 y en Yugoslavia hasta 1941). Además, ese nacional-populismo dominante ha ejercido igualmente su impacto sobre los movimientos y regímenes de tipo fascista. Pero, en su caso, el pueblo de referencia no ha englobado prioritariamente las masas obreras o campesinas; lo ha hecho el de las clases medias de Italia, de Alemania y de otras naciones, movidas por un rencor anti-oligárquico al constatar que no habían accedido a una influencia política verdadera en el marco del nuevo Estado burocrático, y convertidas de pronto en rebeldes –en el contexto de los años 30– por la extensión de la amenaza de un desempleo hasta entonces reservado a los proletarios. Es en ese sentido que León Trotsky notó que “el fascismo fue [...] el movimiento espontáneo de amplias masas”, y que Stanislav Andreski lo definió como un “extremo centro” (en Larsen *et al.*, 1980: 52-65). Quizás esos análisis valen todavía, en parte, tratándose de corrientes como el Frente Nacional, la Liga del Norte en Italia o el Partido del Centro en los Países Bajos, aun cuando la variable representada por la formación nacional tardía no interviene en Francia y en Holanda.

Los sueños americanos

Es el momento ahora de considerar más en detalle el populismo de las dos Américas, del Norte y del Sur, por cuanto el Nuevo Mundo ha proporcionado el terreno por excelencia de los discursos, movimientos, partidos y sistemas de gobierno que más ostensiblemente lo han invocado. El de Estados Unidos se desarrolla durante los años 90 del siglo XIX, entre los pequeños agricultores y jefes de empresas empobrecidos por las consecuencias de la Guerra de Secesión, quienes se levantan entonces contra el monopolio de las compañías de ferrocarril, de los bancos y de las grandes firmas que reducen sus ingresos y los conducen a la quiebra¹⁰. Aunque se inscribe en una corriente agraria que se remonta a Jefferson y fue encarnada también por el Gral. Jackson¹¹ en los años 20 de dicho siglo, esa protesta de las víctimas de las altas finanzas lanza verdaderamente el "radicalismo" igualitario americano, tanto como el canadiense (sobre todo Manitoba). Además, aquélla parece capaz al principio de desafiar el equilibrio mismo del bipartidismo republicanos/demócratas con la creación, en 1890, del *People's Party*. Pero tal desafío no va a representar sino una llamarada de petate. A pesar de los discursos incendiarios en los que declara sostener un "combate del trabajo contra el capital" frente a "un sistema financiero aristocrático o monárquico", el general James Weaver, candidato populista a las elecciones presidenciales de 1892, no recoge sino el 8,5 % de los votos concentrados en los Estados montañosos de los Apalaches y en los del sur. Y es que a esa lucha de lenguaje apocalíptico del pueblo rural contra la tiranía del dinero, los obreros no se incorporan. Sin duda, es precisamente la ausencia del argumento nacionalista capaz de movilizar a otras capas de la población, aparte de las campesinas, lo que explica este rápido agotamiento.

En cambio, América Latina ofrece sin duda los rasgos más acabados de un nacional-populismo, del que permite una consideración global, y ya no solamente bajo el prisma de sus expresiones diversas. Es cierto que, como en todas partes, éste se puede percibir a tenor de las circunstancias como un registro del discurso demagógico, un movimiento espontáneo o inspirado desde el exterior, un modelo de partido, un régimen o, incluso, como una actitud. Pero sea cual fuere la perspectiva adoptada, el nacional-populismo latinoame-

10. El lector puede remitirse, a este respecto, a L. Goodwyn, 1976; así como a la contribución de R. Hofstadter (en Ionescu y Gellner, 1969: 9-27).

11. Con su lema: "Derechos iguales para todos, privilegios para nadie" ("Equal rights for all, privileges for none").

ricano se encuentra siempre visiblemente animado por la voluntad de control de un sufragio universal que se ha vuelto inevitable. Es en esta voluntad de control de la intervención política de las masas donde conviene encontrar el elemento unificador de un nacional-populismo genérico, del que América Latina no constituye sino la manifestación más convincente.

Variante lejana del clientelismo electoral, esa estrategia típica del nacional-populismo recuerda a la del bonapartismo del Segundo Imperio francés, aunque sin su legitimación dinástica ni su vanagloria napoleónica. Se apoya en efecto en la manipulación plebiscitaria real o figurada, es decir en la relación directa y carismática¹² que un jefe predestinado a conducir un pueblo hacia un porvenir más grandioso mantiene con él. Esa relación misteriosa, certificada por el calor de las muchedumbres que aclaman al hacedor de milagros, aspira a revestir una dimensión afectiva. Expresa, al mismo tiempo, una voluntad de comunión popular que se opone a la relación aritmética y divisora que los electores tienen con sus diputados o con los partidos en el marco, extraño a toda emoción comunitaria, de un régimen representativo ordinario. Sin embargo, no por ello repudia el guía providencial la legitimidad democrática. Desde luego, más le vale no someterse de veras a un plebiscito en buena y debida forma, o evitar al menos la renovación de las consultas electorales que lo han establecido en su cargo. Pero si, como los reyes de antaño, pretende representar en su persona algo así como el cuerpo místico de su pueblo, él no asume esta encarnación sino a título personal, por lo que dure su vida terrestre. Se erige en suma en refundador de una colectividad nacional regenerada por la ruptura que él provoca, no en figura simbólica e inmortal de una continuidad monárquica ininterrumpida por la desaparición física de un monarca. Además, cuando el líder populista declara consagrar su existencia a la refundación de bases democráticas sanas para su país, y declara liberarlo de las querellas de intereses que dividen una población embargada por un poderoso deseo de agrupación, no siempre resulta evidente que a las oligarquías les repugne que engatuse a las masas con ese anuncio. En la América Latina de las décadas de 1930 y 1940, los dirigentes nacional-populistas, con la frecuente connivencia de fracciones importantes de las élites, acapararon las riendas del Estado en

12. Es decir, de acuerdo con la acepción que el sociólogo Max Weber da a este adjetivo, la que un jefe en cierto modo providencial, dotado por razones inexplicables racionalmente de cualidades casi sobrenaturales mantiene con un pueblo, y que lo predestina a jugar un rol excepcional, a la manera de un profeta. De ahí la idea de que le corresponde conducir a un pueblo hacia un nuevo destino fuera de todo concepto ordinario de representación. Weber aplicó tal noción a Bismarck antes de hacerlo a Lenin, Mussolini, Hitler, Stalin o Mao.

el momento crucial de las movilizaciones populares que, sin ellos, habrían podido revelarse devastadoras para con el orden social de naturaleza patrimonial, al cual aquéllos contribuyeron a preservar al precio de algunos arreglos.

Tal es el rol que el dictador Getulio Vargas jugó en Brasil de 1930 a 1945, y que el Gral. Perón también jugó, pese a las apariencias, en Argentina, de 1946 a 1955. Proclamándose “padre de los pobres”, identificados con los proletarios de las grandes ciudades que lo idolatraban, Vargas creó sindicatos corporativistas y un sistema de seguridad al estilo mussoliniano, a fin de satisfacer a los obreros de industrias todavía poco desarrolladas. Pero al precio de esas concesiones marginales, que no inquietaban por entonces más que a una minoría de empresarios modernos poco representativos de la oligarquía, procuró ante todo conservar lo esencial, como gran terrateniente que era; es decir, la estructura latifundista del campo en el que vivía la masa de la población, y más ampliamente la totalidad de la estructura social y política de tipo patriarcal y clientelista del país. En cuanto al Gral. Perón, fue sólo su estilo “fascistizante” lo que disgustó a las élites, pues en el fondo nunca acarició la intención de trastornar realmente los resortes del equilibrio inegalitario de Argentina. Por lo demás, esta apreciación del nacional-populismo latinoamericano no sólo es válida para el pasado. En Argentina, el hartado peronista presidente Carlos Menem no hace otra cosa que reutilizar sus artificios seductores para forzar unas reformas económicas ultraliberales que no habrían podido ver el día sin él. Lo mismo vale prácticamente para el presidente Alberto Fujimori del Perú, o para el pintoresco pero engañoso presidente ecuatoriano Abdala Bucaram, especialmente desde su elección en 1996.

Sin duda, también se observan manifestaciones a veces progresistas del nacional-populismo latinoamericano. Como la antes representada en el Perú, durante casi medio siglo, por la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) y su líder pro-indio Raúl Haya de la Torre, o incluso por su otra versión de izquierda ilustrada en ese mismo país por el gobierno militar en vigor de 1968 a 1980. Pero, aparte de que este último régimen ha cumplido en su fase terminal una función no menos conservadora que la del getulismo o el peronismo, ninguna de esas variantes ha invalidado los contenidos que Peter Wiles asigna al populismo y que singularizan asimismo el nacional-populismo (en Ionescu y Gellner, 1969: 167-169). Para Wiles, el populismo se define por una orientación más moralista que “programática”, así como por el contacto místico que sus dirigentes se encargan de mantener con las masas en el marco de un movimiento en general poco organizado. Se caracteriza también por su debilidad ideológica, apenas nutrida de una postura anti-intelectual surgida de un ideal cooperativista que respeta de hecho la lógica del mercado. Denuncian-

do las intenciones de las potencias extranjeras a fin de exaltar una fiebre nacionalista que alé las masas al Estado, el populismo cultiva, según Wiles, lo que él designa como una actitud aislacionista y etnocéntrica.

El nacional-populismo en la actualidad

El hecho de que América Latina haya sido el teatro más espectacular del nacional-populismo no impide que los regímenes que han encarnado su plenitud autoritaria no constituyan una exclusividad latinoamericana. Ciertamente, Europa se vio ocupada de antemano por los Estados fascistas desde 1922 a 1945, años en los que el arbitrio de un poder tiránico y el totalitarismo de las ideologías han prevalecido sobre lo que el populismo puede encerrar de democrático. Esto explica que casi no haya contado con gobiernos propiamente nacional-populistas, aparte de la Polonia del Mariscal Pilsudski entre 1926 y 1935, y de la Bulgaria de Stambouliski en 1921-1922. Pero, en cambio, los regímenes de esta suerte han sido numerosos después de 1945 en Africa y en el Cercano-Oriente. No hay más que pensar a este respecto en el Egipto de Nasser, el Irak de un Saddam Hussein todavía en el poder, en el “socialismo árabe” en general. Esto sin olvidar los “socialismos africanos”, la Tanzania de Julius Nyerere, la Guinea de Sékou Touré, el Ghana de Kwame Nkrumah, también –aunque en un registro diferente– el Zaire de Patrice Lumumba, así como el del Mariscal Mobutu. Y al mismo tiempo, aún quedarían por señalar las manifestaciones extremo-orientales de un nacional-populismo institucionalizado, del que las Filipinas de Ferdinando e Imelda Marcos han aportado el ejemplo más destacado. Esos regímenes pertenecen, sin embargo, a un tiempo que se acaba, y lo que hoy preocupa es la aparición de lo que no es otra cosa que un nuevo síndrome del nacional-populismo. Aunque ese síndrome tiene dos caras, una exótica y la otra occidental, ambas obedecen en diversos grados al factor común de la “mundialización”. Por todas partes, en efecto, las fronteras nacionales han dejado de oponer resistencia a los elementos de desestabilización que ésta conlleva, al extremo de que la mayor parte de los Estados constatan que prácticamente ya no hacen sino arar en el mar cuando intentan controlarlos.

Contra la irrupción de esta modernidad multiforme, que conlleva consecuencias dolorosas para centenares de millones de personas, se movilizan, fuera de su parte occidental, diversas especies de integristas. El islamismo viene de inmediato a la mente, pero hay que agregar el explosivo resurgimiento de los nacionalismos separatistas de la Europa central o del Cáucaso, el adve-

nimiento de las tiranías etno-racistas en estado puro del Africa de los Grandes Lagos o, incluso, la reactivación de las guerrillas utopistas en América Latina. Pues bien, esas corrientes retoman, todas, el esquema nacional-populista. En su base hay una frustración de masas, y se desarrollan acto seguido en virtud de su captación política por la cima. Reposan, igualmente, sobre un discurso maniqueo que, idealizando la unidad indivisible de un pueblo para dominarlo mejor, denuncia la amenaza que hacen pesar sobre él enemigos frente a los cuales cualquier conciliación equivaldría a una traición inadmisibles. Y, como siempre en el nacional-populismo, esos enemigos son a la vez externos e internos. Actualmente, el demonio exterior se llama "Occidente", designado como tal o bien llamado "neoliberalismo", "neocolonialismo" y a veces todavía "imperialismo"; se llama además "democracia", ese cebo divisor surgido de los arrogantes y blasfematorios valores de un cristianismo europeo que niega la pertenencia del poder al Todopoderoso o a los profetas revolucionarios. En cuanto a los diablos familiares, aún más inmundos, cabe enumerar, en los países musulmanes, a los partidarios de una democracia pecadora y atentatoria contra la comunión del pueblo con sus guías sometidos a Dios o, en otras partes, los miembros de etnias o de religiones cuya sola presencia obstaculiza la verdadera democracia fusional que se debe crear (los Tutsis del Rwanda, los musulmanes de la ex-Yugoslavia, los Azeríes del Alto-Karabakh, los Armenios de Azerbaiyán...). O bien son todavía, para los guerrilleros resucitados, los quemadores de cocos reales o imaginarios, o los neo-comunistas reconvertidos a una eslavofilia hostil al mismo tiempo a Europa y al Islam, los burgueses criollos, los tecnócratas y otros *Chicago boys* del Perú, Colombia o México, los mulatos de Haití y, por supuesto, los ídólatras rusos del mercado.

Con sus diferencias, el síndrome nacional-populista registra también una recuperación en nuestros países. El impacto de la mundialización o del proceso de unificación de Europa cuenta para mucho en este resurgimiento. Pero el problema es que no se tienen en cuenta sus efectos más que en relación con el prejuicio según el cual la angustia del cambio que de ahí resulta no desencadenaría sino las reacciones xenófobas de las que los movimientos de extrema derecha, tales como el Frente Nacional, serían los únicos beneficiarios. De hecho, ese "curso de Frente Nacional" no alcanza a abarcar una realidad que aquél tiende más bien a enmascarar. Por una parte, el recurso a un nacional-populismo enmascarado se halla recuperado por todos los responsables políticos que oponen a la globalización o a la integración europea los mitos de una protección social "a la francesa", o de una moneda a la alemana; quienes a la ligera admiten también que los asalariados puedan tener actividad sólo durante

25 años sobre una duración de vida media que muy pronto llegará a los 80 años, y que bautizan aquí de "republicano" todo lo que pueda serenar una población inquieta. Ese subterfugio desdeña el posible avenir. Nacional-populista, bien que no reconocido como tal, y tanto más peligroso por eso, marca un retroceso en relación con la feliz tendencia que se dibujaba hace dos lustros, cuando el lenguaje político tenía la pretensión de llegar a ser el lenguaje de la "verdad", de la responsabilidad frente a realidades inevitables, en vez del discurso de la fácil condena. Por otro lado, dicha deriva no sólo se esmera en abanderarse sin más con el manto de la virtud, vilipendiando el nacional-populismo de los tribunos extremistas. En la práctica, contribuye por ese cómodo medio a sofocar las expectativas de millones de gobernados que, dotados por los progresos de la educación y de la información de luces bastante equivalentes a las de muchos profesionales de la política, aspiran, de manera más o menos clara, a la reformulación de una democracia menos trabada y más abierta hacia el público ordinario que la de las celebraciones electorales o del listo-para-pensar monopolizado por la prensa y los líderes de opinión. Parecería en este punto que quizá conviniera rehabilitar un cierto nacional-populismo, en absoluto contradictorio en tal caso con el progreso de la ciudadanía.

Traducción: *Juan Carlos Moreno Romo*
(UAQ / CONACyT, México)

Referencias bibliográficas

- DE BEGNAC, Y. (1950) *Palazzo Venezia*. Roma, La Rocca.
- DE CERTEAU, M., D. Julia y J. Revel (dirs., 1975) *Une politique de la langue*. París, Gallimard.
- FORNE, J. (1994) *Les nationalismes identitaires en Europe*. París, L'Harmattan.
- FURET, F. (1978) *Penser la Révolution française*. París, Gallimard.
- GELLNER, E. (1989) *Nations et nationalisme*. París, Payot (1983).
- GOODWYN, L. (1976) *Democratic Promise: the Populist Movement in America*. Nueva York, Oxford U. P.
- HERDER, J. (1964) *Une autre philosophie de l'histoire*. París, Aubier-Montagne (1774).
- HERDER, J. (1991) *Idées sur la philosophie de l'histoire de l'humanité*. París, Presses-Pocket (1784-1791).
- IONESCU, G. y E. Gellner (comps., 1969) *Populism. Its Meaning and National Characteristics*. Londres, Weidenfeld and Nicolson.

-
- KOHN, H. (1994) *The Idea of Nationalism*. Nueva York, Collier-Macmillan (1944).
- KOLAKOWSKI, L. (1978) *L'esprit totalitaire*. Bruxelles, Editions Complexe.
- LARSEN, S. *et al.* (1980) *Who Were the Fascists?* Bergen, Universitetsforlaget.
- MUSSOLINI, B. (1951) *Opera omnia di Benito Mussolini*. Firenze, Ed. Susmele.
- RENAN, E. (1947) "Histoire générale des langues sémitiques", en *Oeuvres complètes*. Paris, Calmann-Lévy.
- RENAN, E. (1992) *Qu'est-ce qu'une nation?* Paris, Presses-Pocket (1882).
- REY, A. (1993) *Dictionnaire historique de la langue française*. Paris, Le Robert.
- ZANGRANDI, R. (1963) *Le long voyage à travers le fascisme*. Paris, R. Laffont.